

de hombres quedaban muertos ó anegados, y las barcas, sueltas é incendiadas, seguían la corriente del Danubio á llevar á Viena la nueva de la derrota del archiduque.

Por otra parte, Kollowrath, para dar tiempo de desfilarse al ejército del príncipe Carlos, se encerró en la ciudad, y cerró las puertas ante las bayonetas de nuestras guerrillas.

La ciudad sólo tenía una muralla con algunas torres de distancia en distancia, y un ancho foso.

Napoleón mandó escalar la muralla: no quería dar tiempo al archiduque de que hiciera saltar el puente de piedra, del que tenía necesidad para continuar la persecución.

En menos de un cuarto de hora instaláronse 40 piezas de artillería, y empezaron á sacudir la muralla á balazos y á incendiar la ciudad con los obuses.

Napoleón se adelantó hasta medio tiro de fusil de la muralla, cubierta de tiradores austriacos. Inútilmente sus más afectos le suplicaron que se retirara: no quiso dar un solo paso atrás.

De pronto, con la misma sangre fría que un maestro de armas acusa un botonazo de florete en un asalto:

—¡Me han tocado!—dijo.

Bertier, que no le dejaba, haciéndole rodear cuanto podía, se precipitó hacia él con el semblante pálido.

—¡Ya os lo había dicho, señor!—exclamó.—Es la repetición de Abensberg.

—Sí,—dijo Napoleón;—únicamente que en Abensberg apuntó demasiado alto, y en Ratisbona apuntó demasiado bajo.

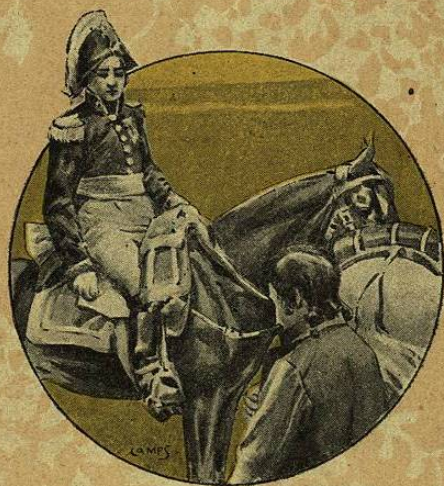
El 13 de mayo siguiente, Napoleón entraba en Viena, y el tambor mayor del 1.º regimiento de la guardia decía, retorciéndose los bigotes, y contemplando el palacio del emperador Francisco II:

De modo que ¡ésta es la vieja casa de Austria de que tantas veces nos ha hablado el emperador!

VIII

El estudiante y el plenipotenciario

El martes, 11 de octubre de 1809, esto es, cinco meses, día por día, después de la segunda ocupación de Viena por el ejército francés, un oficial de unos cuarenta años, con el



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vado. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

uniforme de general austriaco, acompañado de dos ayudantes y de un doméstico con un caballo de la brida, seguía la carretera de Altenburgo á Viena.

La franqueza de su fisonomía, la limpidez de su mirada, no impedían que su semblante estuviese cubierto por una especie de velo sombrío que evidentemente no era más que el reflejo de su pensamiento.

Los dos ayudantes, dejando al general ensimismado en su preocupación, en lugar de seguir escoltándolo á derecha é izquierda, después de haber cambiado un signo con la mirada, se quedaron algo atrás, y seguían, conversando de cosas indiferentes, al principal personaje de aquella pequeña cabalgata, seguidos, á su vez, á igual distancia, por el criado que llevaba el caballo de la brida.

Serían como las cuatro de la tarde, y la noche iba á caer.

Al ver venir de lejos á los caballeros, un joven que, sin duda, descansaba al otro lado del camino, se levantó, atravesó la cuneta y se acercó á la línea por donde debían pasar el general y su séquito.

Era un joven de mediana estatura, de cabellera rubia que caía sobre sus hombros, de hermosos ojos azules oscurecidos por un fruncimiento de cejas que parecía serle habitual, y bigote rubio que, naciente apenas, tenía la flexible virginidad del primer bozo.

Vestía la gorra á tres hojas de encina, la levita corta, el pantalón gris ajustado, las botas hasta la rodilla, que constituyen, si no el uniforme, al menos el traje habitual del estudiante alemán.

El movimiento que acababa de hacer al divisar la cabalgata, parecía indicar que tenía que pedir alguna gracia, ó, cuando menos, alguna información al que parecía el jefe.

En efecto, después de echar una rápida ojeada al oficial que marchaba á la cabeza: —Señor conde,—dijo el joven. —¿Vuestra Excelencia tendría la bondad de decirme si estoy aún lejos de Viena?

Estaba tan preocupado el oficial, que había oído el sonido de la voz, pero sin comprender el sentido de las palabras.

Bajó su mirada bondadosa hasta el joven, el cual renovó la pregunta. —Tres leguas, mi joven amigo,—respondió el general.

—Señor conde,—prosiguió entonces el joven con voz

firme, y como si pidiera una cosa tan simple que ni siquiera corriera el peligro de una negativa,—después de un largo viaje, estoy muy cansado y con precisión de llegar esta noche á Viena: ¿seréis tan bondadoso que me permitáis montar el caballo que vuestro doméstico conduce por la brida?

El oficial miró al joven con más atención que la primera vez, y reconociendo en él los rasgos de una educación distinguida: —Con mucho gusto, caballero,—le dijo.

Y, volviéndose al doméstico:

—Juan, dad el caballo á... ¿Vuestro nombre, caballero?

—A un viajero cansado, señor conde,—respondió el

joven.

—A un viajero cansado,—repitió el general con una sonrisa, indicando que respetaba el incógnito con que quería cubrirse, al parecer, su compañero de camino.

Juan obedeció, y el joven, bajo la mirada casi burlona de los dos ayudantes, montó á caballo con una soltura que probaba que no desconocía, si no el arte, al menos los primeros principios de la equitación.

Luego, como si su puesto no fuera ir al lado de un doméstico, apresuró el paso de su cabalgadura hasta ponerse en la misma línea que los ayudantes.

El general no había perdido un detalle de esas diferentes maniobras. —¡Señor estudiante!—dijo, después de un instante de silencio.

—¡Señor conde!—respondió el joven.

—Vuestro deseo de guardar el incógnito ¿llega hasta el punto de no querer andar á mi lado?

—No, señor,—dijo el joven;—pero, en primer lugar, ningún derecho tengo á esta familiaridad; luego, atreviéndome, hubiera temido distraer á Vuestra Excelencia de los graves pensamientos que naturalmente deben preocuparle.

El oficial miró al joven con mayor curiosidad de lo que había hecho hasta entonces. —De modo que,—dijo,—me llamáis *señor conde*; ¿sabéis, pues, mi nombre?

—Yo creo,—respondió el estudiante,—tener el honor de ir al lado del señor general conde de Bubna.

El general hizo un movimiento de cabeza que indicaba que el joven no se equivocaba.

Luego, prosiguió: —Habéis hablado de los graves pensamientos que deben preocuparme; ¿sabéis, pues, qué objeto me conduce á Viena?

—¿Vuestra Excelencia no va á Viena para tratar directamente de la paz con el emperador de los franceses?

—Perdonad, querido señor,—dijo el conde de Bubna riendo;—ya habéis podido apreciar mi discreción cuando se ha tratado del incógnito que deseáis conservar; pero convendréis conmigo que no nos hallamos bajo un pie de igualdad del momento en que ni sé quién sois ni lo que vais á hacer á Viena, mientras que vos sabéis, no sólo quién soy yo, sino también cuál es mi misión.

—En cuanto á mi igualdad con vos, señor conde, Vuestra Excelencia no necesita más que ver mi traje, y recordar el favor que acabo de pedirle, para creer en mi profunda humildad á su presencia.

—Sin embargo,—insistió el conde de Bubna,—¿me conocéis?... ¿sabéis lo que voy á hacer á Viena?

—Conozco á Vuestra Excelencia, porque le he visto en medio del combate, en donde yo estaba como aficionado: primero en Abensberg, luego en Ratisbona; y sé lo que Vuestra Excelencia va á hacer en Viena, porque vengo de Altenburgo, en donde se verifican las conferencias entre los plenipotenciarios austriacos y franceses, y ha corrido el rumor de que, cansado de ver que nada se adelanta en manos de Metternich y de Nugent, el emperador Francisco II os ha mandado ir al castillo de Dotis, donde vive desde la batalla de Wagram, para entregáros plenos poderes.

—Debo convenir en que estáis perfectamente instruido, señor estudiante, tanto de mis cualidades como de mi misión; pero permitidme que, á mi vez, apele á mi perspicacia, en defecto de vuestra confianza. Desde luego adivino, por vuestro acento, que sois bávaro.

—Sí, señor conde: soy de Eckmühl.

—¿Entonces somos enemigos?

—¿Enemigos?—exclamó el joven, mirando al conde de Bubna.—¿Cómo lo comprende Vuestra Excelencia?

—¡Diantre! Enemigos, puesto que acabamos de batirnos unos contra otros, los bávaros y austriacos.

—Cuando os vi en Abensberg y en Ratisbona, señor conde,—dijo el estudiante,—no me batía contra vos, y si alguna vez somos enemigos, no será en tanto hagáis la guerra; será más bien cuando hayáis hecho la paz.

El conde miró al joven con toda la fijeza y profundidad de que era susceptible su mirada. —Señor estudiante,—le dijo al cabo de un instante,—ya lo sabéis: en este mundo no hay más que dichas ó desdichas; la casualidad ha

hecho que me encontrarais; la casualidad ha hecho que mi criado llevara un caballo de refresco; la casualidad ha hecho que, sintiéndome fatigado, me hayáis pedido que os dejara montar el caballo; y la casualidad, en fin, ha hecho que lo que os hubiera rehusado otro por ser desconocido, yo os lo concediera como un amigo.

El estudiante se inclinó. —Me parece que estáis triste, que sois desgraciado; ¿vuestra tristeza es de las que pueden consolarse? ¿Puede aminorarse vuestra desdicha?

—Ya veis,—respondió el joven con acento de profunda melancolía,—que ninguna ventaja tengo sobre vos, y que me conocéis tan bien cuanto os conozco. Ya nada me preguntaréis ahora: conocéis mi país, conocéis mi opinión, y conocéis mi corazón.

—Al contrario: os pediré aún otra cosa, porque os repetiré mi pregunta. ¿Puedo consolar vuestra tristeza? ¿Puedo mitigar vuestra desdicha?

El joven meneó la cabeza.

—Mi tristeza no puede ser consolada, señor conde,—respondió;—¡mi desdicha es irreparable!

—¡Ah, joven, joven!—dijo el conde de Bubna.—¡Aquí se esconde el amor!

—Sí, si bien el amor no sea mi única preocupación.

—Es posible; pero yo respondo que es vuestra mayor desdicha.

—Lo habéis acertado, señor conde.

—¿Os es infiel vuestra amada?

—No.

—¿Ha muerto?

—¡Ojalá!

—¿Cómo?

—¡Ha sido deshonrada por un oficial francés!

—¡Ah! ¡Pobre muchacho!—dijo el conde de Bubna tendiendo la mano á su joven compañero de viaje, en testimonio del doble interés que sentía por él y por la niña cuya desgracia acababa de saber.

—¿De manera...?—prosiguió interrogándole, evidentemente más por simpatía que por curiosidad.

—De manera,—siguió diciendo el joven,—que acabo de acompañar al padre y á las dos hermanas—hay una hermanita de nueve años—al país de Baden, donde, ocultando su nombre, el pobre padre podrá ocultar su vergüenza, y después de acompañarles me he venido aquí.

—¿A pie?

—Sí... ¿Ya no os sorprendéis de que esté cansado y de que, necesitando llegar irremisiblemente á Viena esta noche, haya recurrido á vuestra galantería?

—Comprendo,—dijo el conde;—el hombre que ha deshonrado á vuestra amante ¿está en Viena?

—¡Y también el que ha deshonrado á mi patria!—murmuró el joven, aunque tan bajo que el señor de Bubna no le oyó.

—En mis tiempos esgrimíamos muy bien la espada en la Universidad de Göttingue,—dijo el conde, aludiendo al propósito que, según él, conducía al joven á Viena.

Pero el estudiante no respondió. —Veamos,—prosiguió el conde.—Habláis á un soldado, ¡qué diablo!, á un hombre que sabe que toda afrenta exige reparación y que no se ultraja impunemente á un hombre como vos.

—¿Así, pues...?—preguntó el joven.

—Así, pues, confesad que vais á Viena para matar al hombre que ha deshonrado á vuestra amante.

—¿Para matar...?

—Lealmente, se entiende,—añadió el conde;—con la espada ó la pistola en la mano.

—No conozco á ese hombre; jamás le he visto ni sé su nombre.

—¡Ah!—exclamó el conde.—¿Entonces no vais por él?

—Creo haberos dicho que el amor no era mi única preocupación.

—No os pregunto cuál es la otra.

—Y hacéis bien, porque no os la diría.

—De modo que ¿no queréis enterarme de nada más?

—¿Respecto á qué?

—Respecto á vos, á vuestros proyectos, á vuestras esperanzas.

—¿Esperanzas? ¡No tengo ninguna! Mis proyectos, son los vuestros; únicamente que vos queréis la paz del Austria, y yo quiero la paz del mundo; yo soy un pobre estudiante, débil, ignorado, cuyo nombre nada os revelaría, aunque tal vez esté destinado á ser célebre un día.

—Y ¿no queréis decirme ese nombre?

—Señor conde, tengo prisa por llegar á Viena: ¿me permitis que, aprovechando el caballo que os habéis dignado prestarme, os preceda? En este caso, decidme á qué albergue pensáis apearos, y el hombre que os devolverá el caballo, llevará el encargo, al mismo tiempo, de daros las gracias y de revelaros mi nombre.

—El caballo que montáis os pertenece, señor estudiante; en cuanto á mí, me apearé en el albergue de Prusia; si algo queréis decirme, allí me encontraréis.

—Entonces, ¡Dios os guarde, señor conde!—dijo el joven.

Y, poniendo su caballo al galope, descubrió bien pronto el arsenal, luego el paseo de Graben, después los antiguos glacis de la ciudad, bombardeados cuando la resistencia del archiduque Maximiliano, y, por fin, el palacio imperial.

Al llegar á este punto de su carrera, el joven torció á la izquierda, se detuvo ante una puerta del suburbio de Mariahilf, dió tres golpes á intervalos iguales con el llamador de cobre que brillaba en la puerta, y fué introducido con su caballo en un patio.

La puerta se cerró detrás de él.

Pero, en el momento en que, á su vez, el conde de Bubna alcanzaba las fortificaciones de la ciudad y se encaminaba hacia el albergue de Prusia seguido por sus dos ayudantes y su doméstico, la puertecita del suburbio de Mariahilf se abría otra vez, el joven que vimos entrar á caballo salía á pie, y, siguiendo arrimado á las casas —en las que echaba, á su paso, curiosas miradas—, entró al poco rato en un almacén de ferretería.

Allí, después de haberse hecho enseñar cuchillos de varias formas, escogió un cuchillo de hoja larga y mango negro, comprándolo por un zwanziger.

Al salir del almacén, regresó á la casita del arrabal de Mariahilf, y mientras un criado limpiaba el caballo del conde de Bubna, el joven afilaba con cuidado el cuchillo en una piedra de amolar, y para asegurarse, sin duda, de que la punta era suficientemente aguda y el filo cortante, hizo punta á un lápiz, y, arrancando una hoja de su libro de memorias, escribió:

«A S. E. el general conde de Bubna, en el albergue de Prusia.

»Su reconocido y afectísimo servidor,

»*Federico Staps.*»

Diez minutos después, el caballo estaba en las cuadras del albergue de Prusia, y el billete en manos del conde de Bubna.

IX

El palacio de Schœnbrünn

A tres kilómetros de Viena, más allá del arrabal de Mariahilf, y algo hacia la izquierda, se levanta el palacio imperial de Schœnbrünn, empezado por José I y terminado por María Teresa.

Es el cuartel general ordinario de Napoleón cada vez que torna á Viena: allí se alojó en 1805, después de la batalla de Austerlitz; allí se aloja en 1809, después de la batalla de Wagram; y allí también se alojó su hijo en 1815, después de la batalla de Waterloo.

Con la sola diferencia de los muros de ladrillo y los techos agudos, Schœnbrünn está construído, poco más ó menos, según los planos de Fontainebleau; es un gran cuerpo de edificio con dos alas formando ángulo, una doble escalera terminada por una meseta, que corona el peristilo, y desde la cual se accede al primer piso. Paralelamente al cuerpo principal, algunas construcciones bajas, que sirven de cuadras y otros servicios, se enlazan con las extremidades de las alas, y dejando únicamente en el eje del peristilo una abertura de unos diez metros flanqueada por dos obeliscos, acaban de dibujar y circuir el patio.

Se llega á aquel ingreso merced á un puente, bajo el que discurre uno de esos mil riachuelos que van á verterse en el Danubio, sin haber adquirido suficiente importancia para que la geografía se tome el trabajo de designarlos.

Detrás del castillo se extiende el jardín, dispuesto en anfiteatro, y coronado por un mirador sito en la extremidad de un inmenso prado, circuído á ambos lados por un agradable bosque lleno de sombra y de frescura.

En aquel mirador, el 12 de octubre del mismo año, 1809, se paseaba con impaciencia, casi con inquietud, el vencedor de Wagram.

¿Por qué está inquieto?

Es que su genio, una vez más, ha vencido; es que su fortuna, una vez más, le ha sido fiel; pero, no obstante, ha percibido en su destino un principio de resistencia; es que, después de haber luchado contra los hombres, ha debido luchar contra las fuerzas de la Naturaleza, y comprende que, si se atreviese de nuevo á tentar á Dios, la Naturaleza,